

A. Machado, poeta andaluz

Dos personalidades del mundo de las letras, que han estudiado en profundidad la obra de Machado, van a hablarnos de su posible andalucismo: Aurora de Albornoz y José Luis Cano.

AURORA DE ALBORNOZ

Aurora de Albornoz —poeta y ensayista— ha sido profesora en importantes universidades americanas y españolas y colabora habitualmente en las más prestigiosas revistas del ámbito hispánico. Aunque nacida en Lueca (Asturias), sus investigaciones literarias versan, fundamentalmente, sobre la obra de dos poetas andaluces: Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado. A ella se le deben, entre otros libros, la publicación de LA POESÍA DE GUERRA DE ANTONIO MACHADO (Editorial Asonante, San Juan de Puerto Rico, 1961); LA PRESENCIA DE MIGUEL DE UNAMUNO EN ANTONIO MACHADO (Madrid, Gredos, 1968); LA PREHISTORIA DE ANTONIO MACHADO (recopilación de artículos publicados por Machado con seudónimo. Ediciones La Torre, Universidad de Puerto Rico, 1961), y la edición, en colaboración con Guillermo de Torre, de las OBRAS: POESÍA Y PROSA, de Antonio Machado, para la Editorial Losada.

Actualmente, Aurora de Albornoz —crítico que siempre supo relacionar literatura y sociedad— es profesora de Literatura Hispanoamericana en la Universidad Autónoma de Madrid y, también, en los cursos de la Universidad de Nueva York en España.

LA ILUSTRACION REGIONAL. ¿Cree que son visibles, directa o indirectamente, las ideas federalistas de Pi, Benot, etc., en la obra de Machado?

AURORA DE ALBORNOZ.—Aquí diré sólo que la huella de este pensamiento no se acusa tan directamente en Antonio Machado como en algún otro poeta andaluz de la misma época. Pienso ahora, concretamente, en Juan Ramón Jiménez. Recordemos que en el poeta de Moguer —a pesar de su apoliticismo— hay algunas ideas que, posiblemente no han brotado solas: su clarísimo empeño en destacar los valores de la poesía del LITORAL —es decir, de las regiones periféricas de la Península— y su insistencia en señalar cómo el factor económico se refleja en esa poesía —la de Rosalía de Castro es tema constante de preocupación en el Juan Ramón último— podrían tener una base en algunas ideas de los republicanos federales.

En la poesía de Machado —y concretamente, en la más **castellana**— creo ver, desde luego, un rechazo de la actitud centra-

lista que puede conducir a la ignorancia total de todo lo que no sea Castilla. Esto es muy obvio, me parece, en algunos poemas de CAMPOS DE CASTILLA. Por citar un ejemplo, recordemos estos conocidos versos:

*Castilla miserable, ayer dominadora,
enuelva en sus andrajos desprecia
[cuanto ignora.*

Y huelga decir que entre todas esas cosas que Castilla ignora y, por tanto, desprecia, cabe todo lo no castellano; caben, por supuesto, todos los pueblos que no son Castilla.

Ahora bien, a pesar de que, a simple vista no me sea fácil detectar las huellas del pensamiento de los federalistas en la obra de Machado, estas huellas deben existir, ya que fue Benot uno de los maestros del Machado joven. Por Miguel Pérez Ferrero —quien obtuvo datos directos de Antonio y Manuel Machado— sabemos que los dos jóvenes en los años inmediatamente anteriores a 1898, acudían casi diariamente a la residencia de don Eduardo Benot, en Madrid, y que allí conocieron

a Pi y Margall —unido a Benot por ideología y amistad— y a otros hombres públicos que habían tenido algo que ver con la Primera República. Pero aún sabemos más. Sabemos, por ejemplo, que don Eduardo llamó a los dos hermanos Machado para que colaborasen en el DICCIONARIO DE IDEAS AFINES que el político y erudito gaditano dirigió. Los Machado colaboraron en calidad de redactores. El citado Pérez Ferrero sugiere que Benot debe haber influido en los dos Machado, con su espíritu crítico ante la problemática política del país: recordemos que estamos al filo de 1898.

Que yo sepa, las posibles influencias de Benot —y quizá de Pi, y de otros— en el pensamiento político de don Antonio no han sido estudiadas nunca: es un punto de gran interés del que no podemos prescindir en investigaciones futuras.

L. I. R.—¿Había en Machado una clara conciencia de la problemática social de Andalucía?

AURORA DE ALBORNOZ.—No sólo hay una conciencia clara de la problemática social de Andalucía, sino que, a mi juicio, es durante los años de vida en Baeza —finales de 1912 a finales de 1919— cuando Machado realmente descubre la gravedad del problema, que afecta no sólo a Andalucía, sino a todo el país y a la sociedad en general.

Por uno de sus escritos últimos, **LO QUE RECUERDO YO DE PABLO IGLESIAS**, sabemos que a Antonio, casi niño, se le revela la presencia de la injusticia social a través de unas palabras escuchadas al líder obrero, en un Primero de Mayo. Pero me parece que es en Andalucía, en Baeza, cuando percibe esta injusticia como una vivencia. Esto puede quedar bastante claro si comparamos los poemas del libro **CAMPOS DE CASTILLA** en su primera edición, 1912, con los que luego, en la primera edición de **POESÍAS COMPLETAS** —1917— formarán parte de la sección CAM-



POS DE CASTILLA —escritos en Baeza— y con los de **NUEVAS CANCIONES**. En los poemas de 1912 —escritos en Soría— por la poesía de Machado pasan, con frecuencia, hombres. A veces, son los pobres campesinos, que trabajan de sol a sol: por ellos, el poeta siente piedad, y por la piedad llega a la solidaridad; otras veces, el hombre de la tierra castellana es ruín, es envidioso, mezquino o criminal... y, con frecuencia, la pobreza de la tierra, es culpable de todo ello. Pero en verdad, falta en toda esta visión algo que Machado descubrió poco más tarde.

En Baeza, Machado, se da cuenta de que no es la tierra pobre lo que hace que el hombre sea mezquino, o envidioso, o criminal; se da cuenta de que el hombre no nace cruel, o malo, porque esté predestinado a ello, ni por una serie de condiciones geográficas. Me parece que, con toda claridad descubre que la existencia de unas clases privilegiadas conduce a una serie de situaciones: Don Guido, o «el hombre del casino provinciano», o tantos otros, son la causa directa de que el hombre del campo, o el trabajador de la ciudad, vivan en condiciones miserables. Si a las gentes «del alto llano numantino» desea el poeta «que el sol de España os llene/de alegrías, de luz y de riqueza», también al olivero le desea toda clase de venturas llovidas del cielo, pero, me parece, no sólo las llovidas de cielo: así, en el poema **LOS OLI-**

VOS, donde Machado canta, con esperanza, al hombre que trabaja, al bracero andaluz, al proletario de buena frente sombría, que muestra el puño al destino:

*Olivar, por cien caminos,
tus olivitas irán
caminando a cien molinos.
Ya darán
trabajo en las alquerías
a gañanes y braceros,
¡oh buenas frentes sombrías
bajo los anchos sombreros!...
Olivar y olivaderos,
bosque y raza,
campo y plaza
de los fieles al terruño
y al arado y al molino,
de los que muestran el puño
al destino,
los benditos labradores,
los bandidos caballeros,
los señores
devotos y matuteros...*

Me parece obvio señalar que este cuadro —véase el poema completo a primera vista muy objetivo, del paisaje de olivar y del destino de los frutos de la tierra es, ante todo, una visión crítica del trabajo de unos seres cuya existencia depende, sobre todo, de «los bandidos caballeros, los señores, devotos y matuteros». Y me parece que Machado —acaso, por vez primera en su poesía— se enfrenta, directamente, al problema de la lucha de clases.

Quiero insistir, sin embargo, en el hecho de que si es la realidad andaluza la base en que Macha-

do se asienta para clarificar algunas ideas, el poeta-pensador no limita sus reflexiones al problema andaluz, como demostrara posteriormente.

L. I. R.—Háblenos de Machado, como poeta y pensador andaluz.

AURORA · DE ALBORNOZ.— Los defensores fanáticos —que hay muchos— del «castellanismo» de don Antonio hablan una y otra vez de lo que para el poeta representó el descubrimiento de las tierras y de los hombres de Castilla; descubrimiento hecho —como todos sabemos— en tierras sorianas. Sin negar las excelencias de buena parte de la poesía inspirada en tierras y hombres de Castilla, me atrevería a decir que la inspirada por paisajes y gentes de Andalucía no es inferior y, sobre todo, es más personal. En la visión machadiana de Castilla influyen, en forma bastante notoria, las visiones —anteriores— de Unamuno y de Azorín; en la de Andalucía, sólo influyen los ecos de la tradición popular y la presencia real de unos seres y de unas tierras, que el poeta capta en su más pura esencia: «**Campo, campo, campo./ Entre los olivos,/ los cortijos blancos.**»

Si de la poesía pasamos a la prosa, el andalucismo de Machado es aún más palpable. Los decires de Juan de Mairena y de Abel Martín —nacidos los dos en Sevilla, según su inventor— difícilmente podrían originarse en un pensamiento castellano. No; la sutileza, la fina ironía, la profundidad disfrazada de facilidad, los enfoques matizadísimo de una serie de problemas de toda índole, la prosa con que todo esto se dice... revelan la presencia de un andaluz, llamado Martín, Mairena o Machado, nacidos en Sevilla, no importa si en 1840 —como Martín—, en 1865 —como Mairena—, o en 1875, como el creador de Mairena y Martín.

Finalmente, repetiré algo que todo el mundo sabe, aunque a veces se olvida. Andalucía es un querido recuerdo ya en el primer Machado; en «la plaza y los naranjos encendidos», en tantas y tantas plazas, y tantos y tantos naranjos. Es una presencia viva en muchísimos momentos posteriores: «**Esta luz de Sevilla... Es el palacio/donde nací, con su rumor de fuente.**» En Colliure, en 1939, Andalucía no necesita ser nombrada para vivir, plena y eternamente, en el último verso escrito por don Antonio: **Estos días azules y este sol de la infancia.** ■